

Los valores permanentes y el pensamiento de José Antonio

Antonio Castro Villacañas, abogado y periodista

Ideas fundamentales de José Antonio

Dos son, a mi juicio, las ideas fundamentales del pensamiento político de José Antonio Primo de Rivera. Una de ellas es su concepción de la Patria como unidad de convivencia histórica de un cierto número de seres humanos. La otra es su entendimiento de cada uno de esos seres como sujeto activo y por ello responsable de dicha convivencia, en razón de que cada uno de ellos además de ser un individuo es una persona. Si como individuo tiene una serie de preocupaciones e intereses propios, difícilmente compatibles con los del resto de sus compatriotas, como persona –individuo asociado a otros semejantes en la tarea de vivir juntos la empresa de lograr ciertos objetivos comunes– sus preocupaciones e intereses son los mismos de cuantos con él viven y trabajan. Dicho de otra manera: un individuo, sin dejar de serlo, adquiere la categoría de persona cuando no renuncia a sus propias y particulares preocupaciones y conveniencias, pero sí a imponérselas al resto de sus compatriotas, y por eso las sustituye en buena parte por el conglomerado de preocupaciones e intereses resultante de la convivencia con ellos. El cuándo y el cómo se forma o logra dicho conglomerado es para mí la esencia de la historia y de la política.

Una breve vida política

En realidad, leyendo a José Antonio encontramos que durante su breve vida política –apenas seis años, desde 1930 a 1936– no desarrolló de un modo claro y explícito este concepto, sin duda por falta del tiempo necesario para madurarlo interiormente –primero– y exponerlo –después– de forma adecuada. Nadie debe olvidar que en el periodo 1930-1933 dedicó la mayor parte de su actividad vital a su profesión de abogado, con esporádicas incursiones literarias u orales en el terreno de la política, casi todas dedicadas a la personal defensa de la memoria y la obra de su padre, y desde octubre de 1933 hasta su muerte hubo de dedicar casi exclusivamente su propia existencia al desarrollo de la Falange como organización o movimiento mas que como cuerpo de doctrina política. Por eso hemos de rastrear en sus discursos y escritos de esta última época la aparición y la progresiva madurez de sus ideas fundamentales en torno a la teoría del Estado y de la vida pública. Siguiendo, pues, el orden cronológico impuesto por la construcción y el desarrollo de su pensamiento, trataré a continuación de exponer el mío sobre la idea que José Antonio tenía en torno a la persona y su situación y actividad dentro del Estado.

Un acto de afirmación española

En la recopilación de escritos y discursos que integran sus llamadas *Obras Completas*, la primera referencia que a esa idea encontramos aparece al final del discurso que pronunció en el madrileño Teatro de la Comedia la mañana del domingo 29 de octubre 1933, impropriamente llamado fundacional de Falange Española. Si tenemos en cuenta que este nombre no se pronunció en aquel acto por ninguno de los oradores que en él intervinieron, bien podemos afirmar que tal organización política era en aquel momento más un proyecto y un deseo que algo hecho y concreto. El movimiento que empezó en ese día con aquel «acto de afirmación española», estaba aún tan en el mundo de los ensueños que, aspirando a ser nada menos que el «legítimo señor de España», no pudo ser definido inicialmente por su principal propulsor mas que con la imprecisa fórmula de que no era un partido, sino «casi podríamos decir un antipartido». Bien es verdad que en otros párrafos de ese mismo discurso encontramos aspiraciones, perfiles e incluso sustanciales afirmaciones sobre el ente o ser que pretendía darse a luz en aquel acto, pero –como acertadamente se dijo al final– en realidad lo que se hizo fue «alzar una bandera», es decir, abrir un banderín de enganche, anunciar «alegremente, poéticamente», que existía la posibilidad de construir una nueva España... Pero no se presentó ninguna organización política concreta. Esta comenzó a forjarse, a partir de entonces, en los meses siguientes, cuando recibió su nombre y se inscribió en el correspondiente registro gubernativo.

El hombre, portador de valores

José Antonio, poco antes de terminar su discurso, expuso cuáles iban a ser las líneas esenciales de

los actos futuros del movimiento esbozado en sus palabras, y los del Estado que creara. Esas coordenadas definían, definen y alimentan el motor impulsor de toda su actividad política. Una de ellas es la de respetar al máximo la libertad profunda del hombre, en razón de que se le estima «portador de valores eternos» por ser «envoltura corporal de un alma que es capaz de condenarse y de salvarse». De esta manera introdujo en el mundo político un concepto de probada antigüedad filosófica pero que antes de él nadie había utilizado como fundamento de la convivencia humana.

Breve historia de lo «valioso»

Dejando para los conocedores de la historia y el pensamiento filosóficos la exacta exposición y el acertado análisis de cómo el hombre ha ido configurando la noción de lo que es «valioso» o «estimable», para nuestro propósito parece suficiente el recordar que ya desde Sócrates eran objeto de discusión los conceptos de «belleza», «bondad» o «maldad», en sí mismos o a través de sus concreciones «bello», «bueno» o «malo». Los estoicos fueron quienes más se preocuparon por encontrar una explicación al hecho de que ciertos hombres conocieran la existencia en su interior de unas ciertas preferencias por determinadas realidades, inconcretas en cuanto a su contenido pero indudables con cuanto hace relación a su vitalidad; realidades nombradas «virtud» o «dignidad», por ejemplo. En Platón encontramos el interés por la fuente de todo lo que «es» en el hombre y fuera de él, lo que da luz y belleza a las cosas, lo que hace verdaderos a los objetos cognoscibles... A su vez, Aristóteles profundizó en su obra sobre el problema de lo moral y el del valor que tienen los bienes. Recuperando algunas de sus ideas, muchos siglos después fue Hobbes quien expresó que lo estimado como bueno es lo que de algún modo es objeto de apetito o deseo humanos; malo, cuanto es objeto de su odio o aversión; y despreciable, lo vil y lo indigno. También resaltó que estas palabras de «bueno, malo o despreciable» siempre deben de tenerse en cuenta en relación con la persona que las utiliza. No son siempre una buena regla, pues dependen de la concepción subjetiva de la persona que examina la naturaleza de cada objeto.

Desde entonces, y hasta la segunda mitad del siglo XIX, el hombre se limita a expresar lo que para él significa cada objeto, se idealiza este análisis subjetivo y, de acuerdo con esta egoísta plataforma de juicio se exalta e incluso fetichiza el valor que para cada sujeto tiene una cosa, o, por el contrario, lo valioso que haya en un determinado objeto se reduce a verlo como una concreta propiedad natural suya.

El problema social del aprecio de los valores

A partir del momento en que comienzan a ser un problema social las internas contradicciones del capitalismo, es decir, cuando entra en crisis el colectivo y generalizado «juicio y aprecio de valores» sobre el que se había ido construyendo durante siglos la sociedad burguesa, los filósofos empiezan a prestar cada vez mayor atención al análisis de los valores intrínsecos de las cosas, hasta convertirlo en una parte propia e independiente de su pensamiento. De ahí nació el que la filosofía moderna se escindiera en dos corrientes diferenciadas y opuestas: la dedicada a justificar el punto de vista burgués sobre los valores y la dedicada a criticarlo y sustituirlo por otro nuevo.

Max Scheler fue el filósofo que más destacó en el siglo XX por la atención que dedicó a los valores. Según él, «el hombre es hombre porque tiene sentimiento de valor». El «sentimiento de valor» es la capacidad que tiene el hombre para descubrir y comprender los valores humanos. Estos son unas cualidades de orden especial que se fundamentan en sí mismas, se justifican por su propio contenido y se manifiestan a través de la actividad humana.

Los pensadores marxistas no profundizaron en el análisis de los valores. Sí lo hicieron, en cambio, desde diferentes perspectivas, un número importante de filósofos: sociologistas (Durkheim, Lévy-Bruhl), fenomenologistas (el ya citado Scheler, Hartmann, von Hildebrand), existencialistas (Sartre), espirituales (Le Senne, Lavelle) y tomistas (De Finance, Rodríguez Duplá, Karol Wojtyła). Los primeros se dedicaron a buscar fundamentos científicos capaces de solucionar el problema creado por la crisis del sistema de valores de la sociedad capitalista y de sustituirlo por otro basado en los para ellos verdaderos valores de la humanidad. La base de su valoración está en el estudio de la importancia que para el desarrollo social tiene el factor subjetivo. La doctrina leninista parte de la coincidencia de los valores subjetivos de clase con las necesidades objetivas del desarrollo social. Esa coincidencia tiene siempre un fundamento económico. El sujeto valorante estudia y dictamina el valor de los diferentes fenómenos en razón de su pertenencia a una determinada clase social. La teoría marxista de los valores depende, pues, de tales señalamientos y postulados.

Los pensadores no marxistas, divididos en diferentes escuelas, llegan a distintas conclusiones. Para los neo-kantianos, los valores son categorías éticas. Los psicologistas creen que son productos de estados de conciencia individual o social. En la sociedad encuentran el fundamento de los valores los pensadores sociologistas. Para los fenomenologistas, de alguna manera emparentados con las ideas

platónicas, los valores tienen un status propio, de fundamento ideal. Por último, los existencialistas sostienen que los valores son una pura y simple creación de la libertad.

Según lo hasta ahora señalado, el denominador común de todos estos pensadores, sean o no marxistas, es que consideran los valores como una creación humana, individual o colectiva.

El hombre «vale»

El que José Antonio considere al hombre, a la persona humana, como portador/a de valores eternos, quiere decir –a mi juicio– que para él la noción de valor no depende de la inteligencia, la voluntad o el interés de ningún individuo, ninguna clase, ningún otro ser o ninguna otra cosa. El hombre «vale» por sí mismo, en cuanto está hecho a imagen y semejanza de Dios, es un reflejo suyo, y por voluntad divina coadyuva con Él en la inacabada tarea de la Creación. El hombre, cualquier hombre, es valioso por el mero hecho de ser persona, es decir, por lo que siempre hay en él de huella y presencia del Supremo Ser. Todas las demás cosas y objetos que con el hombre integran el Universo «valen» algo, más o menos, en razón del servicio que prestan a la Humanidad, en general, y a cada persona en concreto. El agua, por ejemplo, sea dulce o salada, de lluvia o de manantial, es bella o valiosa no por su identidad o su situación, sino por el bien espiritual o material que hace en un determinado momento a un hombre o a un conjunto de personas. «Vale» en tanto y cuanto sirve al hombre. Si está empozoñada no vale nada, o muy poco, a diferencia del hombre, que siempre vale mucho por muy malo o deteriorado que sea o aparezca. Algo por el estilo podemos decir respecto del cordero o la vaca, las verdades científicas o filosóficas o las creaciones artísticas. Todo ello es «valioso» porque le sirve al hombre para vivir y mejorar su vida. El hombre percibe y valora lo que cada cosa u objeto vale en razón del servicio que le prestan, y retribuye ese servicio encariñándose de algún modo con ellas. Ese afecto lo demuestra de muy diversas maneras, llegando en algunos casos incluso al extremo de convertirse el propio hombre en servidor de ese objeto, ese animal o esa cosa.

El valor de las cosas

Reiteramos, pues, que el mundo y cuanto lo constituye o integra no son en sí mismos «valiosos», sino que tienen más o menos valor en virtud de la relación que mantienen con el hombre. No basta con que el hombre tenga conocimiento de que existen el mundo o sus cosas, sino que éstas y aquél adquieren valor como resultado de la actividad vital humana. Las cosas «valen» en cuanto le sirven al hombre de algo o para algo. Esto no quiere decir que el valor de las cosas se determine en razón de las necesidades humanas, sino que éstas desempeñan un papel importante, pero no único ni siquiera decisivo, en el surgimiento y la jerarquía de su valor. Lo fundamental en todos y cada uno de los casos es la vida y la personalidad de los individuos. Según se desarrolle la biografía de cada hombre, según las circunstancias concretas que la vayan condicionando, cada cosa tendrá para él un determinado valor: No vale lo mismo la leche para un niño que para un adulto, ni la leche de camello para un saharauí que para un esquimal. Los valores de las cosas son siempre subjetivos. Pero como el hombre es un ser social y no puede vivir aislado –salvo en casos excepcionales–, al valor subjetivo que tiene cada cosa para cada hombre debemos añadirle otro valor, igualmente subjetivo, que es el atribuido a cada cosa en un determinado momento por cada «unidad de convivencia humana» o ente social. El baile, por ejemplo, no vale lo mismo para una mujer antes de ser novia que después de serlo, ni igual antes que después de su boda, ni antes que después de ser madre. Lo mismo podríamos decir de otras cosas materiales o inmateriales. De esta forma, el valor que tiene cada cosa para un hombre determinado puede estar por encima o por debajo del que esa misma cosa tiene en el núcleo de vida que ese mismo hombre hace o comparte con uno o más de sus semejantes. El dólar no vale prácticamente nada para un cartujo, pero sí vale algo e incluso mucho para el becario o el comerciante que estudian o trabajan en los Estados Unidos. Es evidente, por tanto, que en el curso de la vida las cosas alcanzan y mantienen el valor que en cada caso les da la «unidad de vida» que conforma la existencia de las personas en ella integradas.

Si así sucede respecto de las cosas materiales, algo parecido podemos decir de las espirituales. El fundamento de su «valor» se encuentra en la ayuda que proporcionan a la persona para perfeccionarse, para mejorar su situación en la línea de acercamiento a Dios, Ser y Valor Supremo. Esa línea es el punto de conexión entre la ontología y la axiología. Los valores espirituales, a diferencia de los materiales, no se encarnan del todo en una realidad concreta, sino que trascienden de ella. Un bien no es el Bien, ni algo bueno es la Bondad. La única encarnación posible de todos los valores sólo puede darse en la inconcreta realidad de Dios. Otra sustancial diferencia entre ambas clases de valores la encontramos en que los materiales no tienen contrarios y los espirituales sí. No existe alguna realidad contraria al dinero o al baile, pero el mal es lo contrario del bien y lo feo es lo opuesto a lo bello. Esa contraposición es precisamente lo que permite comprender la existencia y la entidad de cada «disvalor» o «antivalor», que únicamente puede existir en relación con el «valor» correspondiente, hasta el punto de que muchos pensadores no les reconocen ningún carácter positivo: para ellos no existe lo feo o lo malo, sino lo menos

bello o lo menos bueno. Aunque en principio pueda parecerlo, esta cuestión no es un simple problema de vocabulario; en su fondo late una preocupación por la autenticidad de los valores y por su auténtica percepción y «valoración». Esto nos lleva a descubrir que los valores no son homogéneos ni iguales. Unos «valen» más que otros en orden a la perfección de cada vida humana. Parece lógico, por tanto, ordenarlos en un sistema jerárquico establecido de acuerdo con la profundidad y la intensidad de su relación con la persona en general, y –en cada caso concreto– respecto de una persona determinada.

La jerarquización de valores

De cuanto antecede se deduce que cualquier jerarquización o clasificación de valores depende en muy buena parte de la consideración que le merezcan a cada pensador tanto la persona individual como la social. Quienes tengan más en cuenta la existencia de un alma individual que la de un alma colectiva, darán preferencia a los valores que conciernen al centro íntimo de cada personalidad, estimarán luego aquellos que sin afectar a ese núcleo sí lo hacen respecto de cuanto en cada persona existe de espiritual, y situarán en un tercer puesto a los que son valiosos para la persona aunque no sobrepasen lo que en ella existe de mero animal. Algo muy distinto harán quienes consideren que los fenómenos espirituales constituyen experiencias esencialmente subjetivas que se convierten en «valores» tan solo en la medida que se correspondan con las exigencias de la vida social en que la individual se desarrolla. Para estos pensadores, y muy especialmente para los marxistas, los valores no existen fuera de las relaciones sociales, es decir, de aquellas que ligan a cada persona con sus diferentes unidades de convivencia y a estas entre sí. Desde tal punto de vista los valores llegan a serlo cuando las necesidades cambiantes del hombre coinciden o se corresponden con el sentido positivo de los fenómenos naturales que garantizan la existencia y el desarrollo de la sociedad. De esta forma, los marxistas afirman que la importancia de los valores radica en que expresan las necesidades objetivas de la sociedad y las reales tendencias del desarrollo social; para ellos, en suma, los valores no pasan de ser un resultado de la necesidad histórica.

La valoración-marxista

En el momento actual los pensadores marxistas están exponiendo un concepto de valor más diferenciado, más amplio, aunque sigan manteniendo su objetiva esencia. Para ello establecen en su análisis que el mundo de los valores debe considerarse dividido en tres planos. El primero está compuesto por los valores objetivos, concebidos como todas aquellas partes o cosas que constituyen la realidad social, es decir, en él se integran las conductas, las concepciones, las ideas, las tendencias, los fenómenos, los objetos, etc., que favorecen u obstaculizan la función social. En este sistema objetivo de valores, los positivos –o valores auténticos– son aquellos que impulsan el funcionamiento de la sociedad, mientras que se consideran antivalores a los negativos, esto es, a cuantos la entorpecen. En un segundo plano se encuentran aquellos valores apreciados por los marxistas como subjetivos en razón de verlos como simples reflejos en la conciencia individual de su significado social, tanto si se ve éste desde una perspectiva personal como si se hace desde una perspectiva colectiva. La importancia de estos valores radica en que cumplen una función reguladora íntima o interna de la actividad humana. Pueden o no coincidir, en mayor o menor medida, con los valores objetivos del antes reseñado primer plano. Está claro que en los sistemas políticos marxistas su consideración social depende de cuál sea dicho grado de coincidencia. Por último, un tercer plano integra a los valores institucionalizados, que a juicio de estos pensadores son los que la sociedad debe organizar y hacer funcionar. De este sistema de valores emana la ideología oficial de cada sistema político marxista, su vida política interna y externa, su normativa jurídica, su organización educativa, etc. Los valores institucionalizados pueden coincidir o no con los objetivos y los subjetivos, pero en caso de enfrentamiento siempre tienen primacía los primeros. Está claro que para los marxistas no deja de ser importante la concienciación de cada ciudadano y su correspondiente proceso subjetivo; por ello procuran intervenir en éste mediante una variedad de formas y grados que comienzan en la enseñanza primaria y se prolongan a todo lo largo de la vida humana por medio de la propaganda política, una inteligente utilización de todos los medios de comunicación social y la constante presión de los vigilantes delegados laborales y vecinales, pues los valores subjetivos deben ser –a juicio de tales pensadores– un resultado de la adecuada conjunción de los valores objetivos y los institucionales.

La valoración no marxista

Para la mayor parte del pensamiento no marxista, por el contrario, los valores religiosos y los morales tienen mayor preferencia que los sociales. Es absolutamente necesaria su exigencia en cada unidad de convivencia humana, pues la vida y el desarrollo de la sociedad no sería posible si se produjera una suspensión de lo ético. El respeto del valor moral incluye el respeto del auténtico valor religioso, y éste al anterior, de modo que un ateo auténticamente ético es menos ateo que cualquier otro más abierto en lo moral, y un auténtico creyente por fuerza ha de ser profundamente respetuoso de los valores morales.

Cultivo o aprendizaje de los valores

Todos estos valores, desde los que afectan al centro de la personalidad individual hasta los que se refieren a su periferia, pueden ser aprendidos, cultivados o inducidos a través de otros valores de menor rango; por ejemplo, a través de asociaciones, símbolos o esquemas. Es evidente que la simpatía o la bondad de un educador harán más y mejor transmisibles a sus alumnos los valores de cualquier rango que les proponga, y que la previa existencia de una sensibilidad hacia lo bello incita y favorece la búsqueda de la Belleza intelectual o moral, lo que incluso puede suscitar o aventurar el sentimiento de lo Sagrado. Claro está que también puede suceder lo contrario, de modo que el valor inferior tome la apariencia y ocupe el lugar del valor inducido. Así, por ejemplo, el patriotismo, en vez de ayudar a unas personas individuales o colectivas a darse cuenta de cuál es su verdadera y trascendente misión de cara al exterior, es decir, «fuera de sí», puede degenerar en un absurdo y retrógrado nacionalismo capaz de convertir en vulgar ídolo lo que tiene de auténtico valor como signo o señal de que se debe constituir o hacer un mejor y más amplio proyecto de vida en común. Lo deseable, y lo históricamente valioso, es todo lo contrario. Es decir, puesto que los valores inferiores también pueden ser asumidos por valores superiores o integrarse o ser integrados por ellos, en el ejemplo anterior el nacionalismo alcanza su máximo y verdadero valor cuando, sin renunciar a nada de lo que le es propio y básico, sabe salir de sus cortos límites para constituirse en factor creador de un auténtico patriotismo, que es el valor social, político e histórico capaz de brear y servir unidades más amplias de convivencia, protagonistas de empresas y destinos de ámbito universal. Eso es lo ejemplar y válido que nos ofrecen las historias de los pueblos vasco, castellano, aragonés, navarro, catalán, etc. (todos los creadores e integrantes de España), puesto que cada uno de ellos logra su más alta dimensión precisamente cuando sobrepasa sus primarios y limitados horizontes y une sus cualidades a las de sus vecinos y afines para todos juntos seguir explorando y ensanchando horizontes nuevos.

Jerarquía y verticalidad de los valores

Es evidente que la salud es un valor vital para cada persona, pero si su propio cuidado se convierte en la principal preocupación y tarea de dicha persona, parece también evidente que ésta no dará de sí ni cuanto puede ni cuanto debe hacer en beneficio de los que con ella comparten las diversas unidades de convivencia que conforman su individual y social existencia. Ello es lógica consecuencia de que –aunque algunos lo desconozcan y otros lo nieguen e incluso lo combatan– el mundo de los valores no es horizontal y rasero sino vertical y jerárquico. Existe, pues, una escala de valores determinada por la desigual importancia y urgencia que cada uno de ellos tiene a lo largo de la historia (y en cada una de las circunstancias que la conforman) de cada persona individual o social. No entra ni en mis conocimientos ni en mis actuales propósitos el examinar la evolución histórica de esa escala de valores o el estudiar las razones o los motivos de que entre ellos unos perduren, otros desaparezcan y los más varíen de cuando en cuando en el aprecio individual o comunitario. Sí quiero resaltar que la consideración y el respeto de esa escala de valores –la existente en cada momento histórico– es vital para cada individuo y cada unidad de convivencia. Incluso me atrevo a decir que el máximo valor moral y social de cuanto llamamos vida humana descansa en la existencia de dicha escala de valores y el reconocimiento de su importancia. Por supuesto que es posible y deseable el examen y la crítica de tal escala siempre que las circunstancias históricas lo pidan, pero en cualquier caso ha de partirse de un principio fundamental: el de que cuanto existe en el horizonte vital de cada persona individual o social, sea obra humana o producto de la naturaleza, tiene un valor tal que aún en el caso de haber pasado o de pasar desapercibido para el individuo o la comunidad, no es aconsejable perseguirlo y mucho menos rebajarlo o destruirlo, a no ser por la existencia de motivos y razones históricas o sociales moralmente válidas.

Historicidad de los valores

Quien estudia con alguna profundidad un determinado periodo de la historia de su comunidad, o de cualquier otra, como quien profundiza en el estudio de la situación de las unidades sociales de convivencia que conforman su propia vida, se da pronto cuenta de que los valores no se «ven» ni se «han visto» siempre de la misma manera, tanto por los individuos como por las personas sociales. No es que éstas o aquéllos sean ciegos o estén incapacitados para «verlos» o estimarlos, pues ello equivaldría a creer que tales o cuales gentes, ahora o hace tantos años, han vivido o viven sumidos en un estado de completa indiferencia, cuando lo cierto es que ningún hombre y ningún grupo humano han podido vivir nunca, ni pueden vivir ahora, ni podrán nunca realizar su vida, sin demostrar tener alguna clase de deseos, ambiciones, preferencias o gustos. No se trata, pues, de una ceguera física o de una incapacidad material, sino de una debilidad de orden espiritual, en virtud de la cual los hombres y los pueblos no perciben o aprecian, o dejan de percibir o apreciar, valga la redundancia, el valor de algunos valores. En un determinado momento o en una concreta circunstancia, y debido a ciertas causas, las personas físicas y las personas sociales «no ven», «no valoran», es decir, no comprenden, que ciertas cosas, cualidades o

actividades hayan sido o hayan de ser amadas, apreciadas, aprobadas, deseadas o estimadas más que otras o en vez de éstas. Tampoco entienden, y en consecuencia no valoran ni ven que hayan de ser estimadas, deseadas, aprobadas, apreciadas, amadas, e incluso imitadas, ciertas personas o cosas con preferencia a otras en razón de ser aquéllas y no éstas agentes o actores de las actividades o cualidades «mejor vistas» o «mejor valoradas».

Consecuencias de la falta de valoración

Como es natural y lógico, esa misma falta de percepción y valoración que señalo para los valores la encontramos también extendida a los antivalores, y es la causa de que con alguna razón se pueda reprochar a quien la padece (individuo, grupo, época, pueblo) que carece de «sentido moral» o incluso que es «amoral». Si esta calificación tiene siempre desagradables consecuencias para cuanto se refiere a las relaciones interindividuales, mayor gravedad alcanza si la amoralidad o la falta de sentido moral impregnan las relaciones sociales o define la situación de una cierta época o de un concreto pueblo... No sucede lo mismo, ello es evidente, cuando la ceguera ante los valores se mantiene –en cualquier orden– dentro de unos límites que pudiéramos llamar razonables, normales, aceptables o por lo menos tolerables, pues de sobra sabemos que tanto la persona individual como la social no son perfectos, ni nunca podrán en esta vida serlo. La exigencia en cualquier sentido de que lo sean unas u otras, produce hasta cierto punto su mejora moral e incluso material, pero si traspasa unos límites que sólo puede fijar un acertado maridaje entre la prudencia y la experiencia sociales e históricas, esa exigencia de perfección produce demasiadas consecuencias desagradables, según sabemos por propio y directo conocimiento o mediante relatos y lecturas de ajenas vidas intelectuales o colectivas.

Exigencia, tolerancia y conformismo

El deseable equilibrio entre exigencia y tolerancia produce casi siempre que tanto en la vida individual como en la social podamos observar que existen «huecos» o «zonas neutrales» respecto del mundo axiológico. Si partimos de creer en que los valores iluminan y guían el andar y quehacer humano, tales huecos o zonas asépticas significan que el individuo y el núcleo social en que se dan dichos fenómenos están parcialmente «ciegos» o «desorientados». ¿Cómo pueden, pues, seguir caminando o haciendo cosas? En uno y otro caso, la solución práctica se encuentra en admitir que la brújula o la estrella polar que en el orden moral sirve de meta o punto de referencia para la vida humana, individual o colectiva, está situada «en el punto medio» del conjunto de valores generalmente aceptado por el núcleo social en que dicho individuo o unidad de vida colectiva sea parte integrante. Esto equivale a creer que dentro de cada persona deben coexistir, en diferentes proporciones que tallan o dibujan la personalidad del individuo y del pertinente núcleo social, una zona de «asepsia», «escepticismo» o «conformismo» con otra de «firmes creencias», «militancia activa» e incluso «dura intransigencia» consigo mismo y con cuanto se encuentra situado dentro de su zona de normal convivencia. Como es lógico, la referida asepsia es mucho más fácil de encontrar y vivir respecto de unos valores (por ejemplo, los artísticos) que de otros (entre los que ocupan el primer lugar los religiosos o políticos), y cosa parecida sucede en cuanto se refiere al orden de preferencias y tolerancias. Sin necesidad de profundizar en la historia de las diversas sociedades y personas, es evidente que mientras por lo general cambia a lo largo de la vida la valoración que hacemos de ciertas cosas (por ejemplo, la merienda con los amigos; o el aprecio que merece tal o cual actividad social), siempre se siguen estimando valiosas algunas otras (tales como la amistad, el amor, la familia, el trabajo cotidiano o los actos heroicos) aunque en mayor o menor medida según los tiempos y circunstancias.

Variaciones del aprecio individual y social de valores

El aprecio por determinados valores puede variar, y de hecho varía, en cada época de la vida individual o colectiva y en cada lugar donde ésta se realiza. Así, tanto la guerra como el paisaje, no se valoran aquí y ahora de la misma forma que lo hicieron antes nuestros antepasados o lo hacen hoy en día quienes pueblan ciertas zonas de Asia o África. ¿Cómo deberemos juzgar este hecho, o el análogo de que para cada uno de nosotros haya variado tanto –desde la infancia a la madurez– la valoración del «recreo» o «tiempo libre»? En primer lugar, no enjuiciándolo, sino admitiéndolo como algo connatural a cada hombre y al conjunto o a cada parte de la humanidad; algo que no se puede –ni se debe– eliminar o curar, porque no es un defecto o una enfermedad, aunque sí debemos intentar ajustarlo al orden ideal de valores generalmente estimados en el momento y en el lugar concreto que vivamos. Debemos también pensar que el hombre, cada persona, no responde siempre de la misma forma a la multitud de estímulos materiales o espirituales que recibe desde su propia intimidad y desde todo su entorno a lo largo de los diferentes momentos que componen su vida; tampoco lo hacen de forma homogénea o simultánea las distintas personas con las que constituye sus variadas unidades sociales de convivencia. Cada cual reacciona conforme le conviene, o como las circunstancias le exigen, o como le condiciona la formación que haya recibido, o con arreglo al conjunto de todo ello, al reto que en cada caso le plantean un determinado sabor, un cierto olor o un concreto ruido, no digamos nada de cuanto se refiere a la presencia de una mujer –o un varón– o a la oferta de un negocio... Lo mismo –o muy parecido– sucede en relación con los valores. Si una persona puede admirar los grafitos y el rock, también puede hacerlo respecto de una tocata de Bach o un cuadro de Juan Gris, o mantener la actitud contraria. Las formas, los colores, las melodías, provocan una cierta respuesta, que no necesariamente es siempre la misma en una persona concreta, o en un determinado grupo de ellas, y de ahí se originan tanto las biografías individuales como las historias colectivas, pues junto a la libertad operan las herencias y las inquietudes y aspiraciones.

Agrado y goce de los valores

De todo lo expuesto podemos deducir que junto a la indudable existencia de los perennes e inmutables valores generales, envolventes y condicionantes de una época, una sociedad o una persona, debemos contar también con la distinta vivencia –fruto de la diferente recepción y respuesta– que dichos valores tienen en cada individuo y cada grupo social durante un tiempo concreto. En esa vivencia juega muy importante papel un fenómeno individual y colectivo: el «agrado» y el «gocce» con que las personas individuales y sociales reciben y practican tales valores. Eso quiere decir que, de algún modo, los valores «valen» para cada uno y para cuantos forman parte de una concreta «unidad de convivencia» por los efectos que producen en el alma individual o colectiva. Los valores tienen valor en la medida que nos conmueven, consuelan, enorgullecen, exaltan, nos impulsan a hacer algo, o a pasar el tiempo, o a sentirnos mejores, etc.

Valor intrínseco y valor circunstancial

Quizás algún ejemplo pueda servir para aclararnos el que los valores «no se vean» del todo o de igual modo por unos humanos, o por otros, o en una circunstancia o en otra, y por ello «se valoren» más o menos hoy que ayer, o por éste más o menos que por aquél, sin perjuicio de que todos tengan un determinado «valor intrínseco», independiente y constante frente a las diferentes «cotizaciones», estimaciones o «valoraciones». Quienes me lean recordarán sin duda su infancia y juventud, cuando por muy distintas razones valoraban al máximo determinados espacios de tiempo, todos los gastados en practicar ciertos juegos, que no eran siempre los mismos, pues por misteriosas razones dignas de estudio estaban sujetos a un calendario tan riguroso como impreciso, según el cual no estaba bien visto jugar a las canicas cuando era el momento de hacerlo al rescatado, por ejemplo. Claro está que ello sucedía cuando yo era niño, pues ya en mi incipiente juventud comenzó a supervalorarse el correr tras una pelota de goma o un balón de cuero para arrebatárselo a un adversario o pasarlo a un compañero, con el propósito de meter un gol a los contrarios o impedir que ellos nos lo hicieran a nosotros... ¿Qué había o hay de valioso en esos juegos, o en los que ya de mayores les sucedieron, para unos las carreras de bicicletas o de motos, para otros el atletismo en sus diversas especialidades, el baloncesto o el rugby para esotros, hasta llegar al golf, el parapente o el tenis? Algo hay, tanto en el orden psíquico como en el fisiológico, que da valor a una muy variada serie de actividades –gratuitas en principio y todavía en muy buena parte, aunque hayan luego devenido en ser profesionales y espectaculares– que son al mismo tiempo individuales y sociales. Podemos presumir que nuestros primeros aborígenes competían entre sí en torno a cuál de ellos era el mejor cazador o el más diestro en tirar piedras. Desde entonces, pasando por los certámenes de tiro al arco y por los torneos medievales en que rompían lanzas algunos caballeros, hasta los actuales campeonatos de surf o de velocidad en esquí, automóvil o aviones, los humanos hemos valorado siempre unas concretas actividades, aptitudes, habilidades o trabajos, que podemos englobar bajo el nombre de «deporte». Es evidente que lo deportivo tiene un valor intrínseco, permanente, y muchos valores subjetivos,

individuales y sociales, dependientes de las diversas circunstancias de tiempo y lugar en que se realizan.

Percepción de valores

El que uno cualquiera de nosotros no «vea» los valores propios de esta o aquella actividad deportiva –o cualquier otro tipo de acciones humanas– no siempre quiere decir que ignore el que los tenga, porque el ser humano nunca es absolutamente ignorante. Recordemos el viejo refrán avisador de que «el más tonto de aquí enhebra hilos». Ello significa, al menos en buena parte, que la ignorancia puede ser –y casi siempre es– superada o vencida. Cuando esto se produce, lo normal es que tal victoria vaya unida a la percepción de algo que antes no se veía, y no porque ese algo no existiera o el nuevo vidente fuera ciego, sino porque nunca había fijado su mirada en ello con la atención o la ilusión necesaria para darse cuenta de que ese algo existiera o tuviera alguna relevancia. Un hombre cualquiera, poseedor de una vista normal, conocedor de las mejores obras pictóricas existentes en el Museo del Prado y diferenciador de sus diversos estilos y autores hasta el punto de poder servir de guía a sus visitantes, no por ello forzosamente «verá» o «valorará» más y mejor un determinado cuadro o la entera obra de un gran autor que otro cualquiera de sus guiados, por primera vez enfrentado a la contemplación directa de Velázquez o del Bosco. El visitante primerizo no era ni estaba «ciego» antes de acudir al Museo, y es evidente que tampoco lo era o estaba su guía, pero el conformismo de éste, lógicamente producido por su cotidiano paseo entre los lienzos, puede llevarle a «ver» o «valorar» éstos de un modo más rutinario o «normal» que lo hará el deslumbrado nuevo vidente, quizás hasta entonces poco o nada interesado por la pintura y los pintores. Incluso es posible que «la visión» revelada o corregida «valore» mejor, o desde un punto de vista más noble, que la del profesional, pues éste aparecerá de algún modo y en más de un momento desinteresado de lo que realmente le interesa. Por otra parte, no puede dudarse de que la persona encargada de mostrar tantas bellezas transmitirá el gusto y el aprecio por lo bello –sus propios aprecio y gusto– de igual modo a todos sus oyentes, pero tampoco es posible creer que en el grupo de visitantes todos estén igual de predispuestos a «ver» y «valorar» lo que les enseñen, porque no todos ellos habrán ido al Prado movidos por las mismas razones. Lo normal es que la mayoría de visitantes acuda incitado por su propia ansia de cultura o por una buena dosis de noble curiosidad, pero no puede descartarse el que entre ellos «vea» el Museo más de uno en principio desinteresado por el Arte, o minusvalorador de éste, o que realiza la visita en cumplimiento de un deber, o para hacer un favor a alguien de verdad predispuesto a pasar un buen rato en el Prado... Tampoco es posible medir las consecuencias de haberse abierto –de este o aquel modo, en este o aquel momento– las puertas de una anterior impercepción respecto de algún o algunos valores. Unas veces ello proporcionará nuevas perspectivas a los ya videntes, pero otras no revelará nada –o muy poco– a los hasta entonces faltos de suficiente sensibilidad. Porque no es posible dudar de que el mundo de los valores está muy unido al de los sentidos.

Valoración «innata» y valoración «adquirida»

Lo cierto es que todos los humanos nacemos con una natural percepción de «lo que vale» o «es valioso» para nuestra vida, o la adquirimos de modo paulatino después de nuestro nacimiento, ensanchándola o reduciéndola según las circunstancias en torno a un núcleo básico y perenne, de modo que todo ese conjunto define y concreta la personalidad de cada cual. Todos, pues, percibimos casi del mismo modo un determinado «valor»; pero no todos los «valoramos» o apreciamos de la misma manera. A unos les «gusta» –les provoca una cierta reacción psíquica o incluso material– más que a otros. Ello se pone de manifiesto a través de muy diferentes medios, pero quizás el más común y sencillo sea el diálogo que sobre él, y no siempre con palabras sino fundamentalmente con actitudes, mantenemos con nuestros próximos una vez que ha llegado el momento de tenerlo en cuenta para conservar o rectificar nuestros modos de vida. Intercambiando así vitales experiencias, nos damos cuenta de que todos «percibimos» la existencia e incluso «la llamada» de un cierto valor, pero que esa «apelación» o ese «reclamo» no llega a todos de la misma manera o con igual intensidad o fuerza, razón por la cual provoca u origina diferentes respuestas. No a todos los que, por ejemplo, nos gusta la música, e incluso conocemos algo más de lo básico de tal arte, nos da lo mismo escuchar un concierto de Mozart que otro de jazz, o asistir a una ópera que a una zarzuela. «Valoramos» más unas piezas que otras. Sólo quien se considere superferolítico creará que él ama más a la música o es mejor aficionado al «bel canto» que otro si busca su juicio en el tipo de representación o de concierto que ambos prefieren. En realidad, en ésta y en otras muchas materias, la única valoración posible descansa en lo que cada cual es capaz de sacrificar o posponer para ver o escuchar la pieza o el trozo deseado. Es evidente que el dinero no puede considerarse la mejor unidad de medida para estos casos. También lo es que quien renuncia a la comodidad de su casa para asistir a una velada de flamenco o a un recital de rock puede parecer, a primera vista, que tiene un gusto musical inferior al de quien haga lo mismo respecto de un concierto de piano o una ópera, pero en realidad ambos «valoran» la música –la que «les llama» a cada uno de ellos– de igual o muy parecida manera. En todo caso, aún concediendo –que ya es conceder– la mediocridad o inferioridad de unas músicas respecto de otras, eso de ninguna manera supone insensibilidad menor o más débil de sus

partidarios para los valores éticos o estéticos de tan noble arte. En sentido contrario, puede afirmarse que es perfectamente compatible valorar –en teoría– la generosidad, el heroísmo, la santidad, el sacrificio, etc., y sin embargo llevar en la práctica una vida diferente o contraria a la que sería consecuencia lógica de dicho teórico aprecio. «Los que dicen y no hacen» han sido descritos como hipócritas y fariseos, y en realidad todos tenemos algo de ello si examinamos nuestra conciencia, pero lo que de verdad sucede no es que tal o cual valor «no valga nada» o «valga muy poco» para nosotros a lo largo de nuestra vida o en un cierto momento de la misma, sino que «nos llama» o «nos dice» poco, por lo que no le damos respuesta. Algo parecido encontramos si en vez de fijarnos en los individuos lo hacemos en las personas sociales.

Valer intrínseco y valer subjetivo

Esto quiere decir que, además de su valer intrínseco y básico, cada valor tiene otro valer subjetivo, individual y circunstancial. Lo que vale (o tiene un valor) para todos, vale más o vale menos para mí que para ti según cómo me afecte o te concierna en un momento determinado, de manera que incluso podemos llegar a ignorar su existencia (o hacer como si no la conociéramos) o a considerarla perjudicial o negativa para uno u otro, y hasta para todos. El patrón o punto de partida para calibrar ese valer se encuentra en lo conveniente o inconveniente que cada valor resulte, más que sea, para un individuo o un ente social llegado el momento, porque realmente sólo me vale o nos vale lo que mejora o perfecciona nuestro verdadero ser. De ahí que con alguna frecuencia podamos percibir contradicciones entre las prédicas y los haceres de políticos, religiosos o educadores, puesto que una cosa es valorar en frío o en abstracto lo que vale siempre y para todos, y otra diferente es el tener como válido, aquí y ahora, para mí y los míos, lo que de inmediato no me conviene o no me ayuda a mejorar.

Valer perenne y valer pasajero

El caso es que cuanto no nos concierna, porque no nos ayuda a mejorar o no nos conviene en este momento, puede ser (o tener) un valor muy especial para otras individualidades o para el conjunto de cuantos conmigo o con nosotros integran una misma unidad de convivencia. El que no nos concierna un determinado valor puede deberse tanto a factores personales nuestros (cualidades naturales o situación vital) como a variedad de circunstancias externas. La consecuencia es que como todas esas circunstancias pueden y suelen variar, los valores perennes valen siempre también algo para mí, aunque no me conciernan ahora, por lo que al menos han de merecerme «un respeto y una estima». Quiere decirse que todos los humanos, aunque no los practiquen o vivan, deben tener un juicio adecuado respecto de los valores eternos o no pasajeros. Ese juicio se lleva a cabo a lo largo de toda la vida, de modo especial siempre que ésta nos lleva a tener que afrontar ciertas circunstancias o a enfrentarnos con ciertos valores. Pongamos un ejemplo: la honradez es algo respetable y estimable, válido para todos, y también para mí, por su valer intrínseco y su repercusión social, pero es algo que no valoro en toda su entidad mientras las circunstancias no me obliguen a hacerlo por medio de personales tentaciones o de experiencias ajenas.

Valores eternos y valores circunstanciales

De cuanto hasta ahora se ha expuesto resulta fácil deducir que los valores, en cuanto lo son, y por serlo, siempre son válidos, aunque circunstancial y temporalmente no valgan para mí, para éste, o para aquél o aquéllos, porque el sujeto individual o colectivo afectado no los reconoce como suyos en un determinado tiempo –más o menos duradero– por razones sujetas a unas específicas coordenadas de lugar y ambiente (cultural, social, político, económico), aunque sí los considere valiosos para otra gente, en otros sitios, o en diferentes momentos. El ejemplo más claro nos lo dan el teatro, la televisión y el cine, pues en todos estos medios de comunicación social se cuentan historias destinadas a emocionar y mover a sus espectadores en torno a uno o varios valores que no necesariamente motivan de igual modo a quienes los protagonizan o representan en la escena, de modo que en ésta puede morir por la Patria quien se sabe o se siente cobarde, o vivir entregada a los pobres quien de verdad nunca ha querido alejarse de los ricos... No es que las actrices o los actores (o los maestros, guías o predicadores) «vean» o «aprecien» más y mejor que su público –habitual o momentáneo– los valores que representan, exaltan o explican para ellos desde el púlpito, la escena, el plató o la cátedra, ni tampoco que los «aprecien» o «vean» menos o peor cuando hacen su vida fuera de tales plataformas. Sencillamente, sólo sucede que en cada caso varían –aumentan o disminuyen– las perspectivas o percepciones de este o aquel valor, aunque por supuesto no su intrínseca valía. Como es lógico, en cualquier situación no puede descartarse la existencia de circunstancias agravantes o atenuantes. Con independencia de su aprecio personal por la honradez o la valentía, es evidente que no las vivirán de igual modo, llegado el caso, un hombre soltero que una madre de familia. Uno y otra se sentirán más o menos honrados y valientes según cuál sea la repercusión de sus actos. No es igual robar o prostituirse para dar de comer a unos niños que hacerlo en función de satisfacer un capricho. La «valoración» individual y social de estos u otros actos no depende sólo de la «actuación» concreta de sus protagonistas, ni del «aprecio» personal o colectivo de los valores afectados, sino también

de las complejas circunstancias en que cada actuación se haya llevado a cabo.

Temporalidad y reto de los valores

En definitiva, bien podemos concluir que –con independencia del valer intrínseco y social de cada valor– lo que cuenta a la hora de ponerlo en práctica es la intensidad con que llama a cada «yo», la capacidad de llenar ese íntimo depósito de apetencias y renunciaciones que constituye cada alma, el cómo y cuánto mueve la sensibilidad de un individuo... Todos y cada uno de los valores existen por sí mismos; pero no siempre ni de la misma manera para todos los humanos, porque alguno de aquéllos, según las circunstancias y los momentos, no «suenan», no «llaman» en el interior de una concreta persona, no la hace vibrar, no la «mueven»... Eso no significa que tal persona desconozca la existencia de aquel valor, pero sí que en ese momento concreto dicho valor «no le dice nada». En el ejemplo del párrafo anterior, poniéndonos ahora entre los espectadores, podemos afirmar que la mayor parte de éstos admirarán y se conmoverán con las hazañas de cualquier héroe, genio o mártir, a poco que las representen bien los actores que las protagonizan en la pantalla o el escenario; vibrarán con ellas mientras las estén viendo y escuchando; pero serán muy pocos quienes se sientan «llamados» a encarnarlas personalmente. Y es que los valores no lo son del todo y por igual, ni siempre y en cualquier momento, para todos los humanos.

Recepción y aceptación de los valores

Adelantando un paso más, llegamos a la conclusión de que –sin perjuicio de su «valer» intrínseco y objetivo– un valor no existe para una persona, aunque ésta conozca su existencia y sienta su llamada, si por cualquier causa decide apartarse de él y moverse o actuar como si no le oyera y nada supiera sobre el mismo. En cierta manera es lo que sucede cada vez que no atendemos la petición de ayuda o limosna que nos hace un mendigo o un necesitado: sabemos que existen los valores llamados «caridad» y «fraternidad», oímos la apelación implícita o explícita que a ellos hace quien nos interpela, pero elegimos –por un motivo más o menos justificable– desatenderla y en ese momento obramos como si no existieran ni la petición desoída ni su último y definitivo fundamento.

Aprecio de los valores

Hasta ahora hemos visto que junto a la indiscutible existencia de un número indeterminado de «valores» se dan en la práctica varias maneras individuales de no tenerlos en cuenta. Esas particulares formas de inexistencia pueden o no estar relacionadas entre sí, y ello plantea diversos interrogantes en torno a la naturaleza y el fundamento de tales relaciones (caso de que existan) y la razón de que se presenten en estos o aquellos sujetos y en estas o esotras ocasiones. No podemos entrar en cuáles sean las respuestas más certeras o adecuadas, pero sí el profundizar algo en torno a algunas posibles. Así sucede, por ejemplo, en lo referente a la distinción que hay entre la «ceguera» y la «sordera» reseñadas en párrafos anteriores. En un primer momento parece que el «ver» o «no ver» la existencia de un determinado valor depende de la capacidad intelectual de cada individuo, mientras que el no «escucharlo» está más relacionado con su capacidad afectiva, pero a poco que profundicemos algo en cada caso concreto –sirva de muestra la petición de limosna– podremos constatar que muchas veces una falta o un fallo de amor o afecto es la causa o el motivo de la ceguera. El «aprecio» o la consideración de un valor se producen tras un juicio o contraste de elementos racionales, pero en ese juicio instantáneo se producen al mismo tiempo un cierto reconocimiento, una determinada percepción, un apetito o deseo, e incluso algún afecto. No todos apreciamos de igual modo todas las cosas inmateriales o materiales que la vida nos presenta. Según sea la persona –individual o colectiva– que «mire» o «escuche» a un determinado valor, éste encontrará una diferente respuesta. No vale lo mismo el amor para una misionera que para una madre de familia. Cada una de ellas, como cada persona, llegado el correspondiente momento, hace un «juicio de valor» diferente.

La libertad de enjuiciar los valores

Si pudiéramos examinar cada «juicio de valor», éste nos diría bastante sobre la situación creada entre el sujeto y el objeto que enjuiciamos. En primer lugar, porque cada persona reacciona de diferente modo, aunque en el fondo su reacción sea la misma, ante una situación determinada. Por ejemplo, si la vida presenta una ocasión de salvar a alguien que está en peligro de muerte, podemos encontrarnos ante una diversidad de reacciones motivadoras de las distintas actuaciones, positivas o negativas, de las personas que tal situación enfrentan; desde la que impulsa a arriesgar nuestra propia vida para salvar la que está en juego, «porque la cobardía produce deshonor», a la que pretende justificar su inacción «porque mi vida vale tanto o más que la suya», pasando por otras muchas, entre las que éstas pueden ser las más frecuentes: «yo siempre he reprobado la cobardía», o «en estos casos, está mal visto no hacer nada». Todas y cada una de tales actitudes son fruto de la libertad con que el hombre hace su vida.

Libertad, emociones, sentimientos

La libertad, que es un valor tan permanente como condicionante de la vida humana, individual o colectiva,

se mueve siempre afectada por el conjunto de emociones, sentimientos o tendencias que en cada instante la vida provoca. Libremente escogemos en el contenido de ese conjunto, prefiriendo unos a otros o dejándonos llevar más por estos que por aquellos. En el ejemplo anterior, una persona puede –en uso de su libertad– adoptar la actitud que más utilidad le produce, bien de índole material –una recompensa dineraria– o moral –el prestigio social inherente o incluso una simple satisfacción íntima–. El resultado será el que sea, positivo o negativo, pero su motivación es siempre diversa.

Juicio y decisión en la elección de valores

Cada persona –individual o social– pone pues en juego un conjunto de elementos, que escapan a cualquier posible descripción o análisis, cuando le llega el momento de enjuiciar y decidir cuál ha de ser su actitud inmediata o próxima ante un determinado reto o emplazamiento. Ese juicio, esa decisión, constituyen en cada caso el acto libre por excelencia, porque el sujeto actuante pone de verdad en juego su personalidad al elegir el Valor que justifica su postura ante los hechos que le retan o emplazan. Ello no quiere decir que su decisión o su juicio «creen» o «constituyan» el Valor impulsor o justificante de su postura, pero sí el que lo reconozcan o por lo menos lo supongan. La persona actuante demuestra con su hacer que primero ha percibido «algo» exterior a ella y que le proporciona la oportunidad de contrastar sus propias aspiraciones, inclinaciones, conveniencias, etc., con el valor de esa entidad. En ese contraste juega un papel importante, pero no decisivo, la sensibilidad de cada sujeto, entendida en un sentido más racional o espiritual que material. El último fundamento de las diversas actuaciones de cada persona no es una simple reacción física ante la percepción de la existencia o presencia de ese «algo» que «algo vale» –aunque casi siempre haya tal reacción y siempre tenga su importancia– sino un impulso o una motivación espiritual. No se puede «querer» hacer algo, o moverse de este o aquel modo, sin de alguna manera amar lo que se busca o pretende.

Agudeza o ceguera en el juicio de valores

Cada persona no es una simple cámara de vigilancia o recepción de imágenes, porque está dotada de inteligencia y de otra serie de dones, entre los que encontramos la tendencia a relacionarse con otras personas para superarlas o al menos ser como ellas. De esa manera, bien podemos decir que cada persona simpatiza con cuanto «es» y «le vale» para «ser algo», y por ello y con ello «se abre» a la percepción de lo valioso que encuentra, hasta que llega a comprender y apreciar que existen «valores» que «valen por sí»; no por estar encarnados en tal o cual persona u objeto, sino por constituir –junto con otros muchos más valores– la esencia del Ser y de la Razón. Además de tener y usar inteligencia, cada persona posee y utiliza otra clase de dones, que la caracterizan, definen, singularizan, fortalecen y la hacen irremplazable, de manera que le producen una peculiar percepción de su «yo» y una particular manera de ejercitar su dotación de afectos, hasta el punto de poder hacerle sentirse en ciertas ocasiones copartícipe del «Yo» absoluto y máximo. Ello suele producir en cada persona tanto una agudeza visual como el principio de una ceguera parcial e inevitable ante los valores, lo que se traduce en un desigual reparto o distribución de su capacidad afectiva. De aquí nace el que no todas las personas aprecien con la misma claridad e intensidad los distintos valores individuales y generales, y por tanto el que socialmente sea necesario fijar con claridad la importancia de todos o algunos de ellos mediante la oportuna educación personal y la vigilancia y sanción pública de quienes los menosprecien.

Educación, deficiencias afectivas, bienestar individual y social

Cuando hablamos de educación no podemos olvidarnos de que se imparte, en un primer momento, por la familia, e inmediatamente después por la guardería y la escuela, pero también de modo simultáneo por el ambiente social y los medios de comunicación, sobre todo a través de la televisión. Tampoco se puede ignorar que unidos a estos condicionantes ajenos o exteriores al educando debemos tener en cuenta otros de índole personal que en algunos casos llegan a ser incluso patológicos. Es evidente que no se puede educar igual a un ser sano que a un enfermo, por ejemplo, y que el organismo de cada uno de nosotros condiciona a –o al menos influye en– su sensibilidad afectiva y su capacidad pasional. Lo mismo, o algo muy parecido, sucede con la imaginación y la memoria. Está claro que cualquiera de nosotros, si nos niega su concurso una de tales potencias, no podemos desarrollar con normalidad nuestra capacidad afectiva, y por tanto tampoco podemos expresarla. Eso quiere decir que en más de una ocasión las exigencias prácticas de una razón recta no son percibidas de igual manera por todas las personas, incluso por aquellas cuya inteligencia parece intacta y a veces hasta envidiable. Así se explica que seres destacados en su ámbito profesional o en cualquier eminente actividad humana puedan competir con normales delincuentes en cuanto se refiere a ausencia de escrúpulos morales, ya que muchos de ellos se pre-ocupan demasiado de sus propios asuntos, hasta el extremo de que taponan o limitan su horizonte para cuanto no se refiera a ellos, y por tanto demuestran ser incapaces de valorar todo lo que no les afecte, o por lo menos de hacerlo en forma concreta y expresiva de su repercusión íntima. En ellos no se manifiesta ninguna verdadera experiencia de más valores que los directamente ligados a sus intereses

vitales, o en el mejor de los casos sólo dan a conocer huellas descoloridas o restos desabridos de conocer otros. Las carencias o deficiencias afectivas (que todos de alguna manera tenemos, en mayor o menor intensidad o extensión) pueden deberse a circunstancias patológicas, pero también pueden ser innatas, aunque lo normal es que se produzcan a causa de una educación deficiente, de la influencia del medio en que vivimos o trabajamos, e incluso de la presión política y social existente en un concreto lugar y en un cierto momento. Sin creer del todo en que esa presión ahogue, inhiba o paralice, por medio de los intereses que crea, la posibilidad de percibir uno o varios valores, nadie puede dudar de que algo –poco o mucho– influye en los afectos e inclinaciones de los individuos y los grupos humanos. Por ello no puede considerarse extraño que quien tenga alguna responsabilidad en el bienestar social y político de su pueblo, o aspire a tenerla, deba preocuparse de cuanto afecte a la vigencia o adecuada percepción de los valores morales que facilitan o mejoran la convivencia política y social de todos sus vecinos y prójimos.